LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA DE CATALUÑA»

AÑO XXX | Alicante 25 Abril de 1901 | NÚMERO 4.

SECCIÓN DOCTRINAL

EL MÁS ALLÁ

Asombroso movimiento el de la inteligencia, siempre investigando un más allá; siempre fijando su mirada en un horizonte más vasto, más grandioso. La realidad le atrae y le encanta; pero como la realidad es infinita, nunca se agota el contenido. Por eso la inteligencia descubre un más allá en cada verdad conocida.

Pretenden los sabios enlazar el átomo incoercible con la más poderosa masa, la fuerza invisible del pensamiento con la fuerza impalpable que mueve mundos y sistemas, el aliento de nuestra vida con la vida de los seres en creciente progresión. Unos, como Pictet, quieren hallar el *cero* de la temperatura, donde las combinaciones y reacciones de la materia cesan, para sorprender á la naturaleza en estados que jamás pudieron ser antes imaginados; otros, como Rœntgen, por medio de los rayos X, logran ver á través de los cuerpos opacos; mientras los astrónomos dirigen sus anteojos con afán para ver de comprobar los canales del planeta Marte, descubiertos por Schiaparelli, los matemáticos llegan á dar, como Tomson, la fórmula de la magnitud que puede tener dicho átomo; y en tanto que por la balanza se llega á pesar la milésima parte de un grano, por el espectroscopio se aprecia la ciento ochenta millonesima parte de un grano de sosa, y á tanto llega la precisión de la Matemática, que se mide la longitud de la onda luminosa, de 393 millonésima de milímetro para el color

violeta y de 760 para el rojo, y se cuenta por trillones el número de vibraciones de estas ondas en un segundo de tiempo.

Ante estos y otros descubrimientos, debemos ser cautos en materia científica para no dar nunca como firme la última palabra de nada, pues lo imposible, como decía Arago, debe borrarse del Diccionario, porque aquello mismo que juzgamos como imposible, llega á ser con el tiempo real y positivo, y la utopía de un siglo es la realidad del siguiente, como hace ver Victor Hugo.

Por esto se llevó un mentís Augusto Compte cuando en 1842, hablando de los cuerpos celestes, afirmaba que nunca podríamos saber su composición química y su estructura mineralógica, pues algunos años después, en 1859, se descubrió en Heîdelberg el análisis espectral que dejó mal paradas las afirmaciones del positivista francés. Descartes fué más prudente cuando exigía la *duda metódica* al comienzo de toda investigación científica: quien no duda, no piensa, y el que todo lo da por averiguado y sabido, está incapacitado para llevar su grano de arena á la obra común del saber. De aquí que no debemos admitir ninguna teoría como cerrada, ninguna idea como cristalizada en determinadas formas, que no sea susceptible de ulteriores adelantos.

Hegel con su doctrina del *devenir*, que aplica á la realidad toda, viene á confirmar esto mismo: que no hay ni puede haber ninguna idea, inmutable. Todas ellas muestran la condensación del pensamiento en una dirección dada, la síntesis del estado intelectual sobre una materia científica, á la manera que un Código ó una obra de arte decimos que son la expresión del espíritu de una época. Pero, á medida que el tiempo avanza y las ideas progresan, el molde dentro del cual éstas se contienen queda demasiado estrecho, y es preciso uno nuevo que dé forma y en el cual quepan los nuevos descubrimientos. Esto sucede en la esfera de la política con todos los partidos, cuyo programa llega á ser anacrónico después de cierto tiempo; sucede con los deecubrimientos de la industria, que llegan á anularse por otros posteriores de mejores resultados; y esto acontece, en general, en el campo de la ciencia.

Hubo un tiempo en que el sistema del mundo de Ptolomeo formó la teogonía de la Edad Media hasta que Copérnico echó abajo aquel cielo. En la Medicina, el estudio en que se examinaba la composición de los órganos como resultado de la combinación de varios tejidos, ha cedido el paso al estudio de los elementos materiales partiendo de la investigación de la célula, merced á los trabajos del microscopio; y en la Cirujía, los procedimientos de la asepsia y antisepsia han introducido grandes adelantos en el antiguo arte de curar. De igual manera, en Literatura, el poema del *Fausto*, de Goethe, hace saltar los moldes hasta entonces asignados á esta clase de obras; y por lo que hace á la Filosofía, varios filósofos han querido determinar los límites á que puede llegar la inteligencia humana en su investigación, señalando las leyes que rigen la actividad intelectual, desde las llamadas categorías del pensamiento por Aristóteles y Kant, hasta las barreras trazadas al mismo por Spencer en su teoría de lo

incognoscible, ó por Hartman en lo que llama lo inconsciente, y una y otra vez estos diques se han roto y la inteligencia ha traspasado todos los obstáculos que se le han opuesto.

Pero, se dirá: ¿Es que lo que hoy es verdad, llega á ser error más tarde? ¿ó todo es un error relativo, y el hombre va de conocimiento en conocimiento, proclamando ahora un principio, luego otro, sin poseer nunca la verdad de nada?

Si nosotros creyéramos que no es posible la verdad, caeríamos en el escepticismo más ó menos exagerado, y no podríamos nunca profesar una Doctrina de afirmaciones; toda ella estaría compuesta de negaciones y dudas. Tampoco podemos admitir que la verdad, sobre cualquier materia, implique la absoluta y completa verdad, porque esto exigiría una inteligencia infinita que comprendiese todo, absolutamente todo, sin que nada escapase á su conocimiento.

Lo que hay es que, cualquier objeto de la realidad, en cuanto cognoscible, ya pertenezca á nuestro ser, ya se refiera al mundo exterior, limitado ó infinito, encierra un contenido inagotable de investigación.

Esto indica que la obra del conocimiento es larga y laboriosa. Indica más: que hay que acomodar nuestra inteligencia á la realidad de lo conocido, subordinando lo subjetivo que dicen los filósofos, á lo objetivo; ó sea, nuestras facultades, á la cosa conocida. Por eso lo objetivo se impone á lo subjetivo; por eso decimos que la necesidad obliga, que los hechos se imponen; en una palabra, que, á pesar de nuestra voluntad, la realidad impera sobre nosotros. En vano será forjar una teoría para explicar un hecho ó una serie de hechos, si esta teoría es desmentida por la experiencia; un solo caso que la niegue y rectifique, acaba por invalidarla.

La actividad aplicada á la investigación científica, descubre nuevos métodos y procedimientos, con ayuda de los cuales y de poderosos instrumentos, puede analizar y percibir, lo mismo lo llamado infinitamente grande, que lo infinitamente pequeño; determinar sus leyes y realizar provechosas aplicaciones en las ciencias y artes.

La Filosofía no podía permanecer estacionaria en este período de renovación científica: al antiguo método silogístico ha reemplazado la observación, escudriñando mejor el fondo de nuestra conciencia, donde hay abismos como en los mares y grandezas como en los cielos.

Entre los trabajos filosóficos de estos tiempos descuellan los que tienen por objeto establecer los caracteres, relaciones, analogías y contrastes entre el elemento físico, corporal, y nuestro ser anímico, que en sentido amplio se denomina *Psíquis*.

Dr. Manuel Sanz Benito.

EVOLUCIONISMO

Es indudable que el desarrollo de las ciencias, como factores que son del progreso, van paulatinamente llevándonos hacia el porvenir del alma, que es el de su engrandecimiento por la conquista de la verdad y del bien, librándose de las pesadas cadenas que aún arrastra por su propio atraso.

Indudable es también que la materia es el crisol, por decirlo así, en donde se elabora el espíritu, pues éste seguramente arranca su origen desde el *protozoario* hasta llegar al hombre, después de haber recorrido en evolución constante toda la escala de la animalidad. Y si esto es así, nada extraño hay en que el hombre, íntimamente ligado á la materia desde su origen, todo lo conciba de acuerdo con sus ideas materiales ó todo lo busque en la materia misma.

La materia es para él la realidad, para todos sus cálculos, para todas sus investigaciones, para sus mismas concepciones que han de dar forma á la idea de espiritualidad más tarde; es de la materia de donde él toma su punto de partida.

Para él sin materia nada hay, y todo lo que existe, algo debe tener siempre de material.

Esto es natural, lo repito, tanto como indudable es la acción benéfica de las ciencias que nos empujan hacia el progreso. Más necesario es no concretarlo todo al estrecho círculo de nuestras solas percepciones, y las ciencias, necesario es también, saberlas interpretar, no sujetándolas á nuestras preocupaciones, sino siguiéndolas en sus verdaderas consecuencias y dándoles mayor impulso siempre para ensancharlas, más y más cada día.

Así pues, no porque todo en él se resiente de la materia grosera que lo rodea y en medio de la cual vive constantemente, no por eso debe el hombre desechar las concepciones de otro orden que puedan desprenderse del estudio de esa misma materia y de las fuerzas y leyes que la rigen.

Así sus concepciones se ensancharán, sus ideas respecto de la *realidad* se modificarán aumentándose para él el número de las realidades, y en donde antes no veía más que fuerzas ciegas de la materia, llegará á descubrir leyes armónicas, fuerzas sabiamente combinadas, fenómenos que tienen siempre una causa y que responden á un objeto útil en la naturaleza.

¡La realidad! ¿Será sólo lo que vemos y palpamos por los medios de que dispone nuestro organismo?—¿Será lo real, por excelencia, la materia que golpeamos con nuestras manos y hollamos con nuestros pies?

Y la fuerza. ¿qué es la fuerza? y los diversos estados de la misma materia, ¿qué son?

He aquí que las ciencias, levantando poco á poco el velo tras del cual se esconden los misterios de la naturaleza, viene ya á darnos nociones bastante precisas respecto del particular, haciéndonos cambiar también en mucho la idea

que teníamos respecto de la realidad, quitándole á la materia, de la que se quería hacer la soberana del universo, mucha de esa grandeza que solo existía en el atraso de los que no habían aprendido aún á observarla, á estudiarla, hasta en sus últimas partículas, al punto de llegar á hacer de ella gran parte de lo que se quiere.

Nosotros no tenemos más que cinco órganos, de todo punto insuficientes para poder percibir y apreciar las infinitas modalidades bajo que se nos presentan los fenómenos de la naturaleza. A más, estos órganos son tan imperfectos, que es extremadamente reducido el poder de sus alcances, dentro mismo del orden de cosas que están destinados á percibir.

Por eso, nos pasan desapercibidas la mayor parte de las formas y condiciones bajo que se manifiestan la materia, la fuerza y la vida.

Así, por ejemplo, no vemos en el cielo más que un reducido número de astros, el cual se ve de mucho aumentado si nos valemos de un buen telescopio para nuestras observaciones, pero aun asímismo, muchos puntos del espacio que los mejores telescopios nos demuestran como espacios vacíos, la fotografía celeste nos lo presenta llenos de puntos brillantes, que son soles, planetas y satélites.

Esto nos prueba el poco poder de nuestros órganos visuales, poder que se ve mayormente reducido cuando nos ponemos á estudiar el mundo de los *microzoarios* que pululan por todas partes en el agua, en el aire, en las plantas, en los cuerpos animados, sin respetar en manera alguna nuestra persona.

Este mundo, entre cuyos extremos, la *mónade crepuscular* y el *colpodio de capucha*, corre tanta distancia como entre el escarabajo y el elefante, este mundo pasa completamente desapercibido para el hombre, representando sin embargo la vida en toda su actividad.

Pues bien, esta impotencia de nuestros órganos, ha venido á sernos revelada recientemente por el progreso de las ciencias que nos han proporcionado los medios para poder observar la naturaleza, tanto en sus manifestaciones del *macrocosmos* como en las del *microcosmos*.

A las ciencias pues, debemos el haber ensanchado así el límite de lo real· demostrándonos la vida y el movimiento á donde antes tan solo, la nada existía para nosotros.

Pero hay más:—No se detuvo el progreso de las ciencias en esto, sino que, llevando más lejos sus observaciones, vino á transformar por completo la idea misma que teníamos formada de la realidad. Veámoslo:

La materia no es más que una de las formas del cosmos; en realidad ella no existe, sino que es una de las apariencias de aquél.

La fuerza, que determina todos los fenómenos de la naturaleza, manifestándose bajo la forma de atracción y repulsión, ó de afinidad y calórico, acerca entre sí los átomos, para formar la molécula y, sin que estas entidades infinitamente pequeñas se toquen, llega á constituir lo que nosotros llamamos materia,

que nos parece compacta y sólida, mientras no es más que un conjunto de corpúsculos infinitamente pequeños, mantenidos ligados entre sí por la afinidad, pero quedando entre unos y otros, espacios interatómicos é intermoleculares mucho mayores que los mismos átomos y moléculas.

La materia pues, tal como nosotros la vemos, no existe, como tampoco existen el calor, la luz y los sonidos en la forma en que nosotros lo creemos.

El calor, para nosotros, no es más que una sensación, para la materia, es una fuerza contraria á la afinidad que mantiene unidos los átomos. En cuanto á los colores, ellos no existen en la obscuridad y tampoco existen sonidos en un ambiente privado de aire. En realidad todo no es más que movimiento, solo se trata de vibraciones cuyos efectos es lo que nosotros apreciamos por la acción que ejercen, ya sea en nosotros mismos, ya sea sobre todo lo que nos rodea.

Pero hay vibraciones que atraviesan nuestro organismo sin afectarlo, lo mismo que le sucede al ciego con la luz y al sordo con los sonidos. Las vibraciones que atraviesan las fibras de nuestro instrumento orgánico sin impresionarlo, permanecen ignoradas.

¿Qué puede saber el pez respecto de la forma de vida y de la actividad que se desarrolla sobre la superficie de los continentes, si para él, dada la constitución de su organismo, debe ser insostenible la vida fuera del agua así como nosotros creemos imposible la vida sin el aire?

Lo mismo nos pasa respecto de todo lo que guarda poca analogía con nuestro modo de vivir y con el medio ambiente que nos rodea. No podemos concebirlo, ni se nos ocurre pensar siquiera en ello. Es más; pues como ya lo he dicho, aun en medio de la materia en que vivimos se nos pasan desapercibidos la mayor parte de los fenómenos, porque nuestros órganos no pueden apreciarlos, son cosas que para nosotros como si no existieran, tal como hace poco sucedía con el mundo de los infinitamente pequeños, entre los cuales, sin embargo, hemos descubierto infusorios con ciento veinte estómagos y que muy á menudo son bajo todo concepto mejor dotados que nosotros bajo el punto de vista de la vitalidad, pues se han encontrado *microzoarios* en abundancia á los 78 grados de latitud boreal, allì donde la crudeza del clima no permite la existencia de vegetal alguno y solo pueden vivir uno que otro animal superior. y en la profundidad de los mares, hasta á doce mil pies bajo su superficie, en donde la presión del agua aplastaría un cañón, se encuentran aun en cantidad enorme estos misteriosos seres.

Los séres microscópicos de que hablo son tan pequeños que en un centímetro de largo podrían aliniarse unos cinco mil de ellos, á pesar de existir muchos cuyo cuerpo se halla protegido por una coraza caliza y otros que están cubiertos de un caparazón ciliceo más duro que la roca.

Todo esto nos demuestra la fecundidad ilimitada de la naturaleza, que llena de vida el Universo entero y al mismo tiempo nos enseña á ser humildes, al comprender la debilidad de nuestros alcances. No queramos pues, someterlo

todo al juicio inapelable de nuestros sentidos imperfectos, puesto que la ciencia nos demuestra que ellos á cada paso nos engañan, y, sobre todo, no pretendamos encerrar el límite de lo real y de lo posible dentro del límite estrecho de nuestras impresiones materiales.

Sin embargo, puesto que por el atraso de nuestro espíritu, tan solo por medio de los órganos puede nuestra inteligencia relacionarse con los fenómenos de la naturaleza, aceptemos las consecuencias á que nos conducen las observaciones hechas, así de ellos, esto es: que nos rodea lo ficticio, que percibimos tan solo las apariencias engañosas de las cosas y que la realidad existe precisamente en lo invisible.

El agua que tomamos está compuesta de dos gases invisibles, hidrógeno y oxígeno, y en una gota de ella, á pesar de su transparencia y aparente quietud, se agita la vida vertiginosa de miles de infusorios que nos pasan completamente desapercibidos. Esta masa que nos parece compacta no es más que el agregado de átomos y moléculas invisibles que se mueven á enorme distancia los unos de los otros, sin tocarse jamás, pero sujetados á cierta distancia recíproca en virtud de esa misma fuerza de atracción que hace gravitar los astros los unos al rededor de los otros.

Mas, si la realidad se encuentra en lo invisible, ¿cuáles son los medios para llegar á ella? La ciencia, como vemos, nos está abriendo el camino, mas no debemos precipitarnos, pretendiendo llegar de un salto á la comprensión de toda la verdad. Es muy paulatinamente que el progreso se efectúa, siendo así que, á pesar de la aparente velocidad de la marcha humana, cada época, de entre de infinidad de elucubraciones, miles de teorías y un sin cuento de hipótesis, sólo lega á la que le sigue un número muy reducido de verdades.

Nosotros también, sin embargo, tras de los sabios investigadores que nos encabezan, cooperamos con el esfuerzo de nuestra humilde inteligencia para descubrir la verdad. Nosotros, que al lado de las eminencias científicas de la talla de Crookes, Zolner, Mapes, Hare, Weber y tantos otros, traemos también nuestro pequeño contingente de trabajo en las observaciones diarias que hacemos de los fenómenos psíquicos y magnéticos.

El estudio de esos agentes imponderables que nosotros designamos bajo el nombre genérico de fluidos, nos colocan sin duda, en condiciones sumamente ventajosas para encontrar la verdad.

El sonámbulo lúcido que ve con los ojos cerrados y ve á través de cualquier obstáculo, la transmisión del pensamiento, los fenómenos de atracción magnética, la llamada trasposición de los sentidos, la levitación, las materializaciones, tictología, pneumatología, aportes, etc., ¿no nos colocan, por decirlo así, en el terreno mismo de lo invisible?

Todos estos fenómenos, ciertamente, no son de fácil producción, pero una buena parte de ellos, sobre todo los debidos al magnetismo, están, puede decirse, al alcance de todo observador de buena voluntad. Lo mismo puede decirse del movimiento de las mesas, de la psicografía y de la posesión.

Sabemos, en efecto, que no existe familia en medio de cuyos miembros no se encuentre un medium y que los sujetos magnéticos son aún más comunes. Pero esto lo digo, no para que todos se entreguen imprudentemente á un orden de experiencias que no conocen y que puede dar origen á serios inconvenientes, sino para indicar la generalidad del fenómeno y empeñar en su estudio á las personas de alguna preparación científica y capaces de entregarse con constancia á una investigación metódica y severa, no con el propósito pueril de satisfacer curiosidades personales, sino con el fin levantado de servir á la causa de la verdad y del bien.

Sabido es que estos fenómenos reposan en el elemento fluídico, cuya existencia ha sido ya tantas veces probada científica y experimentalmente, pero su agente motor reside, sin duda alguna, en el principio anímico, al punto de que vemos en los ascetas, en los hombres entregados á una vida mística y contemplativa producirse hechos notables de psiquismo que han dado lugar al arraigamiento en el vulgo de la creencia en los milagros, que tan explotada ha sido por las religiones positivas.

Es indudable, efectivamente, que en todos los pueblos, esta clase de fenómenos, asombrosos por lo poco comunes, han tenido lugar con el intermedio de personas conceptuadas como santos en las religiones á que han pertenecido, aunque señaladas como brujas ó endiabladas por las religiones contrarias.

Ahora que el fenómeno es mejor comprendido, se sabe que las prácticas y clase de vida á que se entregaban esos santos, los colocaba en cierto estado de desarrollo medianímico apto para la producción de los llamados milagros.

Muchas veces, pues, á pesar del sin fin de exageraciones de que están plagados los libros sagrados de todas las religiones, los milagros se han producido, efectivamente, y se reproducen hoy día con los mediums espiritistas, y muchos de ellos también por los magnetizadores, pudiendo algunos de ellos producirse á voluntad.

Ahora precisamente que la humanidad se encuentra en un período de transición moral y social, ahora que el materialismo parecía que todo lo iba á invadir, se presentan en todas partes, bajo una forma expontánea las más veces, fenómenos medianímicos de todas clases. Vienen ellos á fundar una religión científica precisamente en el momento en que la humanidad se encuentra hastiada de las mistificaciones de las castas sacerdotales y que se aleja del sentimiento religioso por no haber encontrado en sus maestros más que la falsedad y la explotación.

El hombre, no puede vivir tan sólo de la vida material, como el bruto; su pensamiento precisa remontarse algo más arriba de la costra que habita, y de ahí cimentar poco á poco su religión en la ciencia y mediante su propia experiencia, fuera de las enseñanzas dogmáticas del clero, contrarias á todo raciocinio.

La verdad se abre paso paulatinamente entre los hombres, realizándose la ley del progreso que vemos imperar en todas partes.

La religión del porvenir, pues, es la religión de la ciencia. De la ciencia que nos conduce hacia lo invisible, modificando nuestras apreciaciones respecto de los hechos y de las cosas, y empujándonos poco á poco de lo conocido á lo desconocido, hacia el porvenir del alma, es decir, la conquista de la verdad y el bien.

Poco importa que los hombres que se dedican á las ciencias, lo hagan más por orgullo é intereses personales que por sentimiento moral, pues éste se impondrá más tarde á su espíritu por su propia inteligencia y por la experiencia, que ha de adquirir necesariamente, de que la felicidad solo se encuentra en el bien.

Mientras tanto, esta rama de las ciencias que nosotros cultivamos y que está tan íntimamente ligada á la moral, al punto de dar forma á un sentimiento religioso elevado y bien cimentado, desempeñará su rol importante encauzando las exageraciones de la ciencia llamada oficial, las del sentimentalismo irreflexivo y las de ese misticismo pernicioso que ha empezado á desarrollarse en algunas partes debido á las experiencias tan generalizadas ya, pero mal comprendidas, del hipnotismo.

Marchemos, pues, nosotros tranquilos y contentos, con la noble tarea que nos corresponde en el concierto común del trabajo humano y sin entregarnos á ese asceticismo estéril y pernicioso de los orientales, no dejemos de ensanchar nuestros conocimientos con nuevas experiencias y estudios, elevándonos al mismo tiempo por la práctica fiel de las enseñanzas filosóficas y morales que se desprenden del fenomenismo espírita.

Ovidio Rebaudi.

SECCIÓN FILOSÓFICA

Del campo á la iglesia

Son las seis de la mañana de un día de fiesta. El sol esparce sus dorados rayos con el mayor esplendor, sin que una sola nubecilla empañe la nítida inmensidad del cénit. Al abandonar mi casita oculta entre una pequeña colina y rodeada de matorrales y expléndida vegetación, y marchar hácia el pueblo vecino, contemplo arrobado la sublime grandeza de la creación: mi vista quiere indagar, sondear un más allá que no vé, pero presiente. Cuanto más miro, el espacio se ensancha en proporciones fabulosas, y, ensimismado y confundido al considerarme tan pigmeo, alzo mi vista al sol, pero al intentar preguntarle, con sublime desdén se fija en mí y me obliga á bajar la cabeza ante su potente y hermoso foco de luz radiante.

Todo en el pueblo indica la festividad del dia. También en el campo se ha

notado: los bueyes están rumiando recostados en la sombra, los mulos y los caballos dedicados á laborar la tierra están como desperezándose junto al pesebre y, el ganado, oculto en el establo, en confuso tropel, quiere salir y apacentarse á sus anchas en el monte próximo.

En las primeras casas del pueblo las mozas, luego de haber barrido, con el cántaro al costado y la jarra en la mano, riegan la calle convirtiéndola en deliciosa estancia. Más abajo, el bullicio crece; la plaza, las calles más céntricas están invadidas de gente, todos por lo general visten el traje de los días festivos. Los hombres se dividen en grupos: hablan, discuten pasando el tiempo; otros están en la taberna, también discuten pero peleando; y toda aquella masa que parece no tenía itinerario alguno formado, como obedeciendo á una voz de mando, abandona pausadamente la taberna, se deshacen los corros, quedan pendientes los tratos, porque el argentino son de la campana de la parroquia los llama á la iglesia.

Y hácia allí me dirijo.

En la anchurosa plazoleta donde está situada, también hay mucha gente: aquella es otra sociedad, es la flor y nata del pueblo; están derechos formando hilera y van entrando en el templo á medida que ven acercarse á quien esperaban y siempre quedan algunos que se imponen el deber de dar guardia de honor á la casa de Dios.

Entro en ella y me dirijo á mi sitio predilecto, si es que allí cabe la predilección, y desde un obscuro rincón donde no incomodo ni es fácil turbe nadie mi recogimiento religioso, elevo mi pensamiento al infinito. Un inusitado cuchicheo interrumpe mi oración; desde este fatal momento en que me he distraido, principio á mi vez á indagar la causa que motivó aquel general movimiento y noto, muy á mi pesar, la poca compostura que se observa: el roce de un vestido, el paso más ó menos acelerado de quien entra, el ruido que se produce al sentarse en un banco, es lo suficiente para que las miradas todas se fijen por algunos instantes escudriñando, no al autor, no, sinó á cualquier otro sitio en donde tienen su pensamiento. Ha sido bastante, que alguien haya sufrido un acceso de tos, para que la mayoría de los fieles sufra los efectos del contagio. También es motivo de mi más entusiasta admiración la verdadera democracia que se observa en los fieles: el rico vestido de seda, centelleantes diges y alfileres de rica pedrería, representación genuína de la opulencia, se codea casi con la tosca vestidura del labrador y del obrero simbolizando la pobreza; y mi admiración se convierte en profundo pesar, al notar que el pobre y el potentado tampoco serán jamás buenos amigos, ni aun en la iglesia, pues el rico tiene su sitio escogido para que le resulte grata la estancia en el templo, mientras que el desheredado de la fortuna, andando con cuidado, no sabe donde ponerse, se avergüenza al notarse tan pobre entre aquella gente tan bien vestida y se queda derecho, sofocado, sin moverse, temiendo incomodar á los semejantes.

El espectáculo que ofrece aquel conjunto abigarrado de seres se presta á tristes consideraciones: la ira, la mansedumbre la justicia, la perversidad, la abnegación y la usura, todas estas figuras se hallan simbolizadas en personajes humanos. Por ejemplo: observo á un lado un agente de Bolsa que ha arruinado á sus incautos clientes; al otro un usurero que presta al cincuenta por ciento con garantía; más allá las víctimas de aquél agente y de éste usurero; aquí un abogado que casualmente fué á colocarse entre los dos adversarios de un pleito que defiende; allí una graciosa niña de quince primaveras que tiene cuatro pretendientes á su blanca y rica mano, y un sinnúmero de detalles análogos imposibles de describir; y el templo, la casa del Señor, los cobija á todos: buenos y malos, cual padre amoroso que se encuentra feliz reunido con sus hijos.

Á mi derecha, una niña rubia, creyéndose sola ó tal vez demostrando lo que su pecho sentía, con candor pueril pide de rodillas á la Virgen salud para su hermanito, al mismo tiempo que acaricia un hermoso bebé, y, al fi-

jarme en este imperceptible detalle que á pesar de su nimiedad ha logrado que mil encontradas ideas surjan en mi cerebro cual catarata desbordada, considero con gran sentimiento que en la inmensa mayoría de los que hacen vana ostentación de religiosidad, las obras no se conforman con las ideas que dicen sustentar. Pues confirman más y más este mi aserto y las inducciones y deducciones que de él se desprenden, los actos realizados por los que hipócritamente cubiertos con el manto de una religión que no sienten ni practican, invaden la iglesia y, por unos instantes, se arrepienten de sus malas acciones; y cuando han creido ¡insensatos! que el Supremo Hacedor con su bondad infinita les ha perdonado su torpe conducta, se atreven á inmiscuirle en sus asuntos haciéndole, no árbitro sino juguete de sus intrigas mundanas: y por eso no me ha sido difícil notar en el semblante del banquero, arrepentimiento por sus infamias, pero apretando al propio tiempo en su bolsillo los billetes de banco usurpados á sus víctimas; al usurero jurar no dar prestado más que unos cuantos meses prometiéndose en cambio reconstruir una capilla si realizaba buenos negocios: al abogado pidiendo astucia para engañar á sus clientes; y á aquellos clientes impetrando del Altísimo su favor para anonadar cada cual á su contrario. Estas horribles blasfemias, pues, en mi concepto, no son otra cosa, han ofuscado mi mente consiguiendo confundirme ante tan mortificante realidad.

Con la fe religiosa ingénita en mí, no había visto nunca en la iglesia otra cosa que la casa de Dios, como Él, pura y sin mancha; y al ver invadido aquel lugar que debiera ser sagrado por los fariseos y saduceos modernos, una frenética indignación subleva mi conciencia que me ordena arroje cual el sublime Jesús á los falsarios que sólo acuden al templo por sus fines egoístas, pues creen que la religión no deja entrever sus maldades al cubrirse con su puro é inmaculado manto.

Una sublime y armoniosa melodia devuelve á mi intranquilo espíritu la paz que perdió al contemplar las miserias humanas; el órgano con sus rítmicos y penetrantes sonidos, las plegarias hacia el Creador que elevaban desde el coro argentinas voces, infiltran en mi ser un embriagador misticismo y á mi vez ruego por aquellos pobres seres, verdaderos «sepulcros blanqueados por fuera», pidiendo misericordia por los hipócritas que el templo cobija.

Ya terminó la misa, ya salen contentos reflejando plácida alegría los semblantes; aquella masa compuesta de buenos y malos, ricos y plebeyos, inocentes y criminales, ya se creen santificados los más, culpables todavía los menos: y no me ha causado asombro ver aquel usurero penetrar en la casa de una de sus víctimas aromatizando la estancia del incienso de que se impregnó momentos antes en la iglesia. De igual manera, casi todos aquellos creyentes que más ostensible han hecho su fervor, siguen la misma norma de conducta que el usurero: intrigan, roban, deshonran, sin perjuicio de volver al otro día á la iglesia para ser absueltos ¡crasísimo error! de sus anticristianos, de sus antihumanitarios procederes....

Abstraido en tan amargas reflexiones, considerando hasta donde llega la doblez é hipocresía de esta misérrima y degenerada humanidad, salí de aquella iglesia pequeña, que está llamada á desaparecer, é inopinadamente, andando como un autómata, me encontré en el campo camino de mi blanca casita; y al admirar de nuevo del sol la refulgente guedeja que bañaba con sus rayos de oro aquella espléndida y fecunda vegetación, quedé un momento anonadado contemplando tanta belleza y prodigio tanto, de cuyo dulce sopor me sacaron los inimitables gorgeos de las parleras avecillas que revoloteando de arbusto en arbusto, parecía como que entonaban cánticos de alabanza al Supremo Creador; y yo, sugestionado ante espectáculo tan conmovedor, postreme de hinojos, y oré, sí, oré con fervor profundo, ante el majestuoso altar de la naturaleza, teniendo por alfombra la exhuberante y rica vejetación; por incienso, el suave céfiro embalsamado por las aromáticas florecillas que matizan el suelo, por sacerdote, mi conciencia emancipada del

yugo de la superstición y el fanatismo; y por hostia consagrada, la libertad, la igualdad, la fraternidady la ciencia, sublime tetralogía que en sí encierra todas las esperanzas, todas las aspiraciones, toda la felicidad que puede gozar esta decrépita humanidad: y entonces, en el paroxismo del entusiasmo, recordé las siguientes palabras pronunciadas por el humilde Jesús y que esculpidas están con letras de oro en mi espíritu: «*Es llegado el tiempo en que ni en el monte ni en Jerusalén adoraremos al Padre. Pero viene el tiempo y es hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu y los que le adoran le deben adorar en espíritu y en verdad.*»

Francisco Rodríguez Vera.

¡MISERIAS!

Mendigo millonario

«París 17, á las 20'15.—Un telegrama de Roma trae la noticia de que en Deppio á la puerta de Milán fué hallado ayer el cadáver de un hombre, al parecer de unos cuarenta años »

«El aspecto era como de un mendigo, de unos cuarenta años, muerto de frío.»

«Al reconocérsele se le encontraron encima valores italianos al portador, hasta un millón y medio de liras.»

.I

INDUDABLEMENTE la miseria es uno de los grandes tormentos que sufren los terrenales; porque la carencia de lo más indispensable para atender á las imperiosas necesidades de la vida, proporciona angustias sin cuento. Ya dijo el ilustradísimo marqués de Bedmar, que la opulencia no dá la felicidad, pero que la miseria sí daba la desgracia, y esto es tan cierto que cuando uno se encuentra en la senda de la vida á un millonario, que voluntariamente se condena á sufrir los horrores del hambre, la ansiedad de la sed y el temblor nervioso del frio, se tienen que repetir las palabras de Echegaray, *O locura ó santidad*, y me dice un espíritu.

II

«Pues ni lo uno ni lo otro, porque no hay ni *locuras* ni *santidades*, no hay más que continuaciones de historias, el que no merece ser rico, y vivir desahogadamente sin preocuparse por las necesidades de hoy y por las eventualidades de mañana, aunque tenga más tesoros que todos los monarcas de la tierra, él sufrirá los horrores del hambre, la insufrible angustia de la sed y el espantoso frio de la desnudéz: ya porque sea víctima de terrible obsesión, ora porque una

dolencia física le prive de todos los goces terrenales ó bien que el desequilibrio de sus facultades mentales le arrebate la necesaria lucidéz en sus ideas para distinguir el bien del mal, la luz de las tinieblas, la tranquilidad del desasosiego.»

«Siempre que veais un rico egoista y avariento, que solo se ocupa de atesorar riquezas, sin preocuparse ni poco ni mucho de los que sufren hambre y sed, y obliga á sus servidores á que aumenten las horas de su trabajo sin aumentarles su mezquino salario, y no enjuga una lágrima, y no se compadece de ningún desventurado, tened por seguro que está poniendo los cimientos de su mendicidad futura; aunque ocupe un trono será un mendigo, porque no tendrá lecho donde dormir tranquilo y le sobrarán todos los divanes y lechos suntuosos, tendrá manjares esquisitos y él verá en todos ellos substancias venenosas, tósigos terribles que maten con la rapidéz del rayo, y sólo beberá tranquilo el agua de escondida fuente, y comerá con avidéz el pan negro del pobre campesino, temeroso siempre de una emboscada, de un complot de sus más cercanos servidores.»

«La prueba de la riqueza es la más trascendental para el espíritu, porque es cuando puede adquirir más responsabilidades, empleando su tiempo en satisfacer violentos deseos, atropellando por todo para conseguir su objeto, pues sabido es, que en ese mundo el oro es la llave maestra que abre todas las puertas, es el ariete que destruye todas las murallas, es la fuerza superior á todos los medios de defensa; un hombre rico es el que está más cerca del cielo si emplea su riqueza en la práctica de las virtudes; y al borde del precipicio del infierno, si se deja llevar por el ímpetu de sus pasiones. Abstenerse de los vicios, cuando no hay más que decir esto quiero, para conseguirlo, es una virtud heróica que desgraciadamente la poseen en la tierra muy pocos espíritus; por eso abundan tanto los mendigos millonarios, mucho más de lo que vosotros creeis, porque se puede vivir en la mayor miseria sin necesidad de arrastrarse por las calles, hay muchos hombres que duermen bajo techado y no sufren las inclemencias del hambre y el frio y sin embargo no disfrutan como debieran de sus cuantiosas riquezas, porque viven temerosos de perderlas y son esclavos de sus inmensos tesoros, vigilando siempre á los ladrones nocturnos, desconfiando de sus servidores, sufriendo molestias sin cuento para conservar sus montones de oro, que hasta después de muertos les proporcionan serias inquietudes y la más horrible desesperación cuando asisten al reparto que se hacen los herederos, ó los agentes judiciales, y ven desparramadas las monedas, ó las joyas que ellos guardaron cautelosamente.»

«La avaricia es uno de los peores vicios, porque cierra la puerta á todos los sentimientos generosos, y por lo mismo que es la madre de todos los crímenes, sus consecuencias son terribles; que según la profundidad de las heridas que se causan así son los dolores; no os extrañe pues, ver *mendigos millonarios*, hay muchos espíritus culpables condenados por sus propios hechos á cadena perpétua, como decís vosotros, compadecedlos, son inmensamente desgraciados, para ellos se inventaron las palabras del rechinar de dientes y crugir de

huesos, pudieron ser ángeles protectores de los desvalidos y fueron atormentadores de los hambrientos; dejaron morir de sed á muchos niños inocentes, mientras en sus palacios manaba el agua de la abundancia; pudieron ser verdaderos agentes de la Providencia, y fueron los bandidos que robaron sin el menor riesgo, por eso se escaparon á la persecución de la justicia, pero se habían visto ellos mismos: la causa de su infamia había producido el efecto inmediato de la ruina de muchos indefensos; estos infelices se habían callado, no habían hecho uso del derecho de la queja, pero no importa su silencio y su automática sumisión, el árbol del crimen dá sus frutos á veces tardíos, pero los dá, y el criminal recoge la cosecha de sus campos siendo víctima de sí mismo, ¡es muy malo, ser malo! Adios.»

III

Encuentro muy lógico cuanto me ha dicho el espíritu, y yo que estudio mucho en la humanidad, veo que dice muy bien, que hay de sobra mendigos millonarios ¡infelices!.. ¡cuánto tiempo les queda de ir arrastrando sus cadenas por este presidio llamado Tierra! Dichosos los compasivos y los piadosos porque para ellos es el reino de la tranquilidad de su conciencia. Ser luz y consuelo, es sembrar el camino de la vida de flores que nunca se marchitarán.

Amalia Domingo Soler.

SECCIÓN CIENTÍFICA

UNA PREDICCIÓN CUMPLIDA

PARECE ser que la *influenza* era la enfermedad á la cual la reina Victoria de Inglaterra temía, después de una predicción que se le hizo en 1895, por una quiromántica de Londres.

Las personas que acompañaban á la difunta reina Victoria, relatan que un día de verano de 1895, cediendo á la curiosidad, la reina se dejó conducir por una de sus nietas, la princesa Beatriz de Battemberg, á casa de una quiromántica muy conocida en Londres. Como motivo de pasatiempo, presentó á la inspección de la pitonisa las líneas augustas de su mano real rogándole que le revelara su porvenir, sin ocultar nada aunque fuese este porvenir funesto para ella, su soberana.

Después de algunos momentos de atento examen, la quiromántica declaró que podía dar á conocer á S. M. cuatro cosas:

1.ª Que en el último año del siglo, Inglaterra se vería empeñada en una guerra sangrienta y dispendiosa.

2.ª Que la sucesión del ducado de Laxen-Cobourg-Gotha no se operaría de ninguna manera en línea recta.

3.ª Que al dar comienzo al nuevo siglo, Inglaterra tendría que defender sus intereses amenazados en el Extremo-Oriente.

4.ª Que el día en que S. M. sería atacada de *influenza*, su salud no se restablecería de las consecuencias de esta enfermedad.

El resultado ha justificado estas cuatro predicciones:

1.° La guerra del Transvaal estalló en 1899. Cuesta la vida á muchísimos humanos é Inglaterra ha invertido muchas millonadas.

2.° La sucesión del ducado de Laxen-Cobourg Gotha, no se efectuó en línea directa.

3.° Inglaterra se ha visto precisada á enviar tropas y toda su flota del Océano Índico á China, para proteger á sus súbditos y su comercio amenazados por la revolución de los «Boxeres».

4.° La enfermedad y la muerte de la reina de Inglaterra ha tenido su causa en la *influenza* que azotó con violencia todo el Reino Unido. Y hé aquí cómo se explica la inquietud de la reina Victoria, cuando sus médicos declararon que estaba atacada de *influenza*.

José de Kronhelm.

(Versión española de Valeriano Cel.)

Sección bibliográfica

Las leyes sociales ante el derecho natural; por el célebre profesor de filosofía, F. Dugast.—(Versión del francés). Precio, 50 céntimos.

Este nuevo libro que la Biblioteca de *La Irradiación* acaba de editar, es de una actuatidad palpitante y de interés general.

Los estudios sociales son hoy el tema de los grandes pensadores, y el problema social aparece como imponente esfinge que guarda el nuevo Código del porvenir.

La clase obrera atraviesa una crisis tan angustiosa como persistente. Las huelgas se suceden unas á otras, la mayoría de las veces por absoluta falta de trabajo. Las fábricas se cierran, la agricultura se paraliza, el comercio se agota, el obrero perece y los gobiernos se suceden sin preocuparse poco ni mucho del total aniquilamiento de la riqueza nacional ni de la suerte de la clase trabajadora.

Ante tan punible indiferencia, precisa que el pueblo piense en la reconquista de sus derechos naturales que están por encima de toda otra clase de derechos.

El bastardo egoismo de los legisladores ha hecho que las leyes sociales estén en flagrante contradicción con las leyes naturales. Toda clase de privilegios, elevados á derechos, para el fuerte, para el poderoso, para el mimado por la fortuna; convertidas en leyes las explotaciones y creados multitud de deberes absurdos para el débil, para el pobre, para el desheredado... Hé aquí la obra legislativa del presente siglo.

Con la declaración de los derechos del hombre, la clase obrera se creyó redimida; pero no vió que en cada artículo, el legislador había hecho su correspondiente restricción y que esta sería siempre la cadena que habría de sujetarle á la tiranía anulando sus libertades y sus derechos.

Las leyes sociales no pueden prestar servicios á la humanidad, sino cuando están calcadas en las universales leyes que la Naturaleza ha puesto en la razón humana. Tanto en el estado de sociedad como en el estado natural, el hombre no debe ser gobernado más que por la razón, base de la suprema Justicia.

La ley natural es la ley soberana, que ha existido siempre, que es eterna é infalible como Dios y que por lo mismo debe anular á toda otra ley social que no sea justa, igual y equitativa para todos.

La clase obrera sólo puede redimirse poniendo en vigor las leyes naturales

que son las únicas compatibles con la Libertad, la Justicia y Fraternidad, por cuyo triunfo debemos luchar.

El sabio catedrático Dugast ha hecho un estudio razonado y concienzudo del problema social, y su nuevo libro *Las leyes sociales ante el derecho natural*, es un Código que deben estudiar todos los obreros que aspiren á su emancipación.

En él hallará la clase obrera una base sólida para su educación social y aprenderá que tiene un derecho indiscutible á la vida, y por lo tanto, al trabajo.

Y cuando lea las iniquidades sociales que la han hecho víctima de explotaciones, cuando se entere de la especulación usuraria y brutal de la burguesía, de su obra monopolizadora y egoista, cuando los obreros comprendan que las leyes sociales sólo pueden tener autoridad, sólo pueden ser justas cuando se hallen en harmonía con las leyes naturales, entonces se sentirán con bríos para dar la batalla á la burguesía reaccionaria y despótica y conquistar por todos los medios sus imprescriptibles derechos naturales.

Nosotros que amamos al obrero porque como él somos hijos del trabajo y con el trabajo ganamos la subsistencia, recomendamos á la honrada cuanto abatida clase trabajadora la lectura del libro del filósofo Dugast.

***

El mundo antes de la creación del hombre. Por Camilo Flammarión. Libro primero. Precio 1'50 pesetas.

Es indescriptible el interés que esta obra ha despertado en el mundo científico, y las controversias que ha promovido entre los grandes pensadores.

El origen de la Tierra y el de la vida sobre su superficie, ha venido siendo un problema muy complicado, un enigma indescifrable, un misterio indefinible que, como imán poderoso, ha conseguido atraerse la atención de las superiores inteligencias, acaparar durante mucho tiempo las investigaciones de los sabios, y ser el punto sobre el que se han encontrado las profundas meditaciones de los grandes filósofos.

Ese misterioso enigma, ese problema transcendental, lo ha planteado el ilustre Flammarión sobre bases inconmovibles en su admirable obra *El mundo antes de la creación del hombre*.

La profunda dialéctica del genial astrónomo; la solidez de su razonada argumentación; la irrebatible lógica de sus conclusiones; la infinidad de datos; la profusión de detalles, la multitud de documentos que aporta; su exposición clara, sencilla y comprensible para todas las inteligencias; su dicción florida é irreprochable, y sobre todo, la sana filosofía, la naturalidad científica, el espíritu altamente innovador, revolucionario, exento de fanatismos y abierto á todo progreso, que vibra en toda su obra, produce la admiración, lleva el convencimiento al ánimo de los lectores y hace que «El mundo antes de la creación del hombre» sea una de las producciones más importantes del progreso científico contemporáneo, tanto por su fondo altamente filosófico, como por su forma expositiva y eminentemente popular.

El libro primero, que acaba de ponerse á la venta, trata del «Orígen de la Creación», «Orígen de la Tierra» y «Orígen de la vida». Contiene el retrato del autor, seguido de su biografía, bastante detallada y llena de datos muy curiosos y de rasgos muy notables que caracterizan perfectamente al eximio astrónomo que ha sabido conquistarse el glorioso calificativo de *Poeta del Cielo*.

Los pedidos, acompañados de su importe, pueden hacerse al Sr. Director de la Biblioteca de *La Irradiación*, Colonia de Doña Carlota, calle de Prim 10, hotel, ó Leganitos, 15, librería, Madrid.

ALICANTE Imp. de Moscat y Oñate. SAN FERNANDO, 34